

144
un guerrillero cubano:

PEPE ANTONIO

Por Julio Le Riverend

EL 12 de agosto de 1762 se rendía la ciudad de La Habana a las fuerzas de mar y tierra inglesas comandadas por Lord Albemarle. Las condiciones en que se había desarrollado el sitio y el asalto final a la ciudad tienen sumo interés para la historia nacional por muchas razones.

En aquellos tiempos se libraba en Europa, en América y en Asia una guerra permanente entre los grupos de grandes intereses comerciales británicos, franceses, holandeses y españoles. Era una lucha que se inició con el descubrimiento de la América y que iría acentuándose hasta adquirir en el siglo XVIII, esto es, a partir de 1701, un descarnado carácter de guerra de rapiña por el predominio económico y político en los tres Continentes.

Inglaterra, simbolizada por el león, iba haciéndose de la parte del león a que la hacía acreedora su más sólido y acelerado desarrollo capitalista. En verdad, entraba ese país en la fase capitalista industrial y la ventaja que llevaba a los demás en Europa le permitía disponer de más barcos, de más armamento y de más recursos financieros que servían para satisfacer el belicismo propio de la época.

La lucha que se había entablado entre los intereses económicos de los países más avanzados de Europa, presentaba un doble aspecto, más aparente que de fondo; uno de estos aspectos eran las "guerras coloniales", que no cesaron durante el siglo y que, como es sabido, no cesarían hasta el siglo XX. Los intereses comerciales europeos utilizaban en América y en Asia, así como en Africa, para garantizarse sus beneficios y su poderío, a las poblaciones indígenas y criollas, vendidas por gobernantes nativos, príncipes, reyezuelos, maharajás, que se ponían al servicio de uno y otro bando. La obra "civilizadora" de los expansionistas europeos consistía desde entonces en encanallar a las aristocracias y a las oligarquías de las colonias.

En Cuba, el ataque inglés que, tenía por objetivo, apoderarse de una base militar y naval que permitiera interferir y controlar todo el comercio español en el norte de la América, determinó la participación de toda la población criolla y de un gran número de esclavos africanos en la lucha. Por aquel entonces, los criollos se sentían hijos de españoles; pero ya, antes de 1762, había algún descontento entre esos criollos porque no se les reconocían sus méritos ni su fidelidad al Rey. Guajiros, hombres de la ciudad, negros libres y esclavos pelearon con gran decisión, bajo el mando de algunos habaneros que pertenecían a la oligarquía predominante.

Esta oligarquía había surgido en el siglo XVI a raíz de la conquista, basada su preeminencia en la posesión de latifundios ganaderos y se había hecho del poder en los municipios, usufructuando todos los cargos de alcalde y de regidor. Aspiraba, del mismo modo que ocurría en España, a disfrutar de los honores militares, de los cargos eclesiásticos y de las magistraturas de la Administración. No todos pudieron realizar estos objetivos; muchos permanecían en Cuba, viviendo del producto de sus grandes fincas y se limitaban a servir como jefes de los cuerpos voluntarios que se organizaban para hacer frente a los ataques de los demás expansionistas europeos, que reiteradamente amenazaron las costas de Cuba e incluso, en 1741 desembarcaron por Guantánamo con el objeto de crear una colonia que sirviera de base a los ingleses para atacar por tierra y por mar a Santiago de Cuba. Desde luego, no obstante que la población

cubana se sentía española, los grupos comerciales y azucareros que, entonces comenzaban a despuntar como clases más decisivas que la oligarquía latifundista, no rechazaban establecer nexos comerciales de contrabando con los ingleses y los demás europeos, porque esto convenía a sus intereses. Estas relaciones precisamente permitieron a los ingleses desarrollar a lo largo de muchos años el proyecto de invasión en Cuba: muchos documentos contem-

poráneos prueban que por medio de espías, el Gobierno inglés estaba al tanto de las posibilidades de defensa de toda Cuba y, especialmente de La Habana.

Cuando el 6 de junio de 1762 la población habanera avista en el horizonte la poderosa escuadra británica, los más destacados miembros de la oligarquía municipal se alinean junto a las autoridades para encabezar la defensa de la tierra. Con ellos han de participar también activamente numerosos voluntarios, guajiros de la zona cercana a la ciudad, artesanos, negros libres y negros esclavos, que por igual pondrán un entusiasmo especial y su decisión de pelear contra el invasor extranjero. Poco después de la caída de La Habana se dijo que a los esclavos se les había ofrecido la libertad, debido al temor que tenían los criollos de la oligarquía y las autoridades españolas de que se unieran a los extranjeros e incorporaran con ellos. Lo cierto es que un grupo de esclavos se ganó la libertad, por méritos militares, constituyendo un primer ejemplo de cómo formaban una fuerza capaz de incorporarse a las luchas y de quebrantar el sistema esclavista por su propio esfuerzo.

Uno de los que primero se movilizó fue José Antonio Gómez Bullones, Regidor del Ayuntamiento de Guanabacoa, el antiguo poblado indio que ya entonces estaba compuesto de alguno que otro mestizo y de criollos de origen español. Había nacido a principios del siglo XVIII y formaba parte de la aristocracia de la pequeña villa, cuya riqueza y poder no podía igualarse, ni con mucho, a los de La Habana. Al parecer, Pepe Antonio no era nuevo en las lides de milicias, pues ya había servido como voluntario cuando en el año 1727 los ingleses amenazaron La Habana con una gran flota. En las milicias de Guanabacoa que era pequeña y más bien pobre villa, formaban filas gente rural, agricultores y estancieros de la zona cercana, pobladores urbanos de todos los matices étnicos. Por lo general era gente conocedora del terreno y que normalmente vigilaba las costas cumpliendo el servicio de las rondas.

Las autoridades encargadas de la defensa de la ciudad asignaron a José Antonio Gómez y a sus hombres misiones en aquella zona que, por cierto, es la primera en que se

sintió la agresión enemiga: por Bicuranao y Cojímar desembarcaron las primeras tropas inglesas, tras de un bombardeo que inutilizó las débiles defensas del lugar. El jefe de las tropas regulares de aquella zona era un coronel llamado Caro, que había llegado junto con otros jefes y tropas a formar parte de la guarnición enviada desde España.

También se pusieron bajo el mando de Pepe Antonio para colaborar en la defensa a los voluntarios y milicianos de Villa Clara, algunos de los cuales también se distinguieron en las operaciones militares.

Una de las características de la "guerra del inglés" como le llamaron algunos de los contemporáneos, es la continuada muestra de incapacidad de los jefes del ejército regular. Esto no solamente se apreció en los jefes máximos que constituían la Junta de Defensa que radicaba en La Habana, cuyos errores criticaban los habitantes, y que les valió una condena por parte del gobierno de Madrid, sino también en los jefes subalternos que evitaron en todo momento un choque masivo frontal con las tropas invasoras. La defensa de La Habana en 1762 se caracteriza por una serie de retiradas que, progresivamente fueron abriendo el camino para que los ingleses consolidaran sus posiciones. La persistencia en la defensa de algunas posiciones hubiera favorecido grandemente a los defensores de la tierra, pues las condiciones climáticas afectaban a los soldados invasores; pero estas acciones de demora solamente las realizaron los cuerpos de voluntarios como el de Pepe Antonio.

Pepe Antonio por medio de acciones de guerrillas estuvo hostilizando durante más de un mes a los ingleses, que, libres de resistencia por parte de las tropas regulares, tomaron la villa de Guanabacoa...

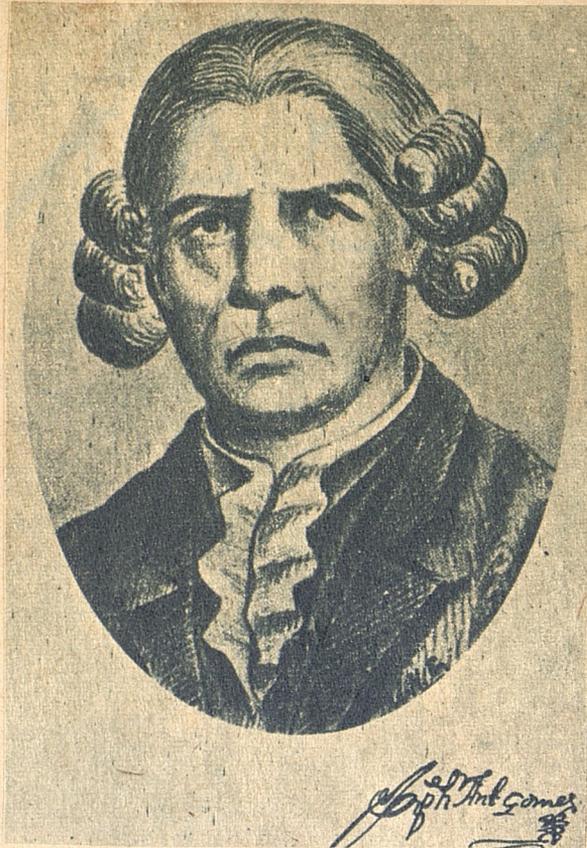
En estas acciones de guerrillero, Pepe Antonio y sus hombres lograron hacer gran número de prisioneros a los invasores, cortarles el abastecimiento y producirles muchas bajas. Por parte de los milicianos hubo también un buen número de bajas, lo que indica que la lucha no fue sin importancia. Si el ejército regular hubiera apoyado esta actividad, no hay duda que el conocimiento del terreno que tenían los voluntarios criollos y su identificación con las condiciones climáticas hubieran permitido una resistencia más eficaz y más larga.

Conforme a la política absurda seguida por la Junta de Defensa, las tropas regulares se retiraron en dirección a la ciudad situándose en la zona de Jesús del Monte. El coronel Caro, jefe del sector, no solamente exigió que los voluntarios criollos se retiraran sino que criticó duramente a Pepe Antonio sin tener en cuenta que en su caso no se trataba de un soldado a la paga sino de un hombre de la tierra que defendía espontáneamente la patria que creía suya.

Pepe Antonio se retiró. En la causa que se formó posteriormente a los jefes de la defensa, se harían menciones a esta situación, como hubo que mencionar también las actividades milicianas de los hombres que estaban al mando de Luis de Aguiar, Laureano Chacón y otros personajes de la oligarquía habanera. José Antonio Gómez enfermó, a consecuencia, al parecer, de los rigores de la campaña, murió poco después, exactamente el día 26 de julio de 1762.

No hay duda que la figura de Pepe Antonio merece estudios más profundos al objeto de desentrañar todo lo que representa como símbolo de una nacionalidad que descubre en él la primera víctima del colonialismo español. Porque no hay duda que inmediatamente después de la toma de La Habana por los ingleses empieza a formarse una tradición que reviste a Pepe Antonio de caracteres legendarios y lo pone como un ejemplo de la sordida incapacidad de las autoridades españolas coloniales. Esta tradición está formada ya a fines del siglo XVIII y se consolida, como parte del pensamiento nacional cubano en contra del colonialismo español, a mediados del siglo XIX es más hasta se llega por algunos a decir que murió preso de las autoridades españolas y otros atribuyeron su muerte al pesar que le causó la injustificada actitud del coronel Caro. En sí estos hechos no tienen mayor valor, ya que lo importante es que Pepe Antonio se transformó en un símbolo del amor de los cubanos a su tierra.

Y al conmemorar el bicentenario de la Toma de La Habana por los Ingleses, el día 12 de agosto de 1762, Pepe Antonio se nos aparece como la cabeza de un espíritu y una decisión que no solamente se ha mantenido, sino que ha profundizado y ha conquistado más gloriosos laureles. Pepe Antonio es como una pequeña luz tejana que abre el camino de nuestros hermanos caídos —y siempre vencedores— en Playa Girón.



Retrato de Pepe Antonio y su autógrafo.

Escudo de la villa de Guanabacoa.



Pedazo de la antigua muralla de La Habana y placa de bronce que representan la ciudad con las murallas que la ceñían y resguardaban en la época de Pepe Antonio.

